

del padre José Vicente de la Finta, los amigos de Oliveira, los rapaces del Club y de la Arcada dieran al diputado por Villa-Clara en la sala de la Cámara, adornada con ramos y banderolas, un banquete, al que asistió Cavalleiro de gran cruz y en que el barón de las Marges (que presidía) saludó «al prestigioso mozo que tal vez desde los escaños levantase del marasmo á este brioso país con la pujanza y la valentía que son propias de su raza nobilísima». A mediados de Enero, en una agreste noche de lluvia, Gonzalo partió para Lisboa, y durante el invierno anduvo rodando por los *carnet-mondain* é *high-life* de los periódicos, en comidas, *raouts*, tiros de pichón, cacerías reales, de tal manera, que los Barrolos suscribiéronse al *Diario Ilustrado* para saber cuándo paseaba por la Avenida. A fines de Abril una noticia alborozó de repente á Villa-Clara, espantó en la quieta Oliveira á los rapaces del Club y de la Arcada, perturbó tan inesperadamente á Graciña, entonces en Amarante con Barrolo, que en esa noche marcharan y en la Torre hizo gemir á Rosa sobre un banco de la cocina:

— ¡Ay, mi señor, que ya no lo torno á ver más!

Gonzalo Mendes Ramires, silenciosamente, casi misteriosamente, arrancara la concesión de vastos terrenos en Zambeze, hipotecara su quinta histórica de Treixedo y embarcaba en los comienzos de Junio en el vapor *Portugal* con Benito para Africa.



XII

CUATRO años pasaron sobre la vieja Torre ligeros y leves como vuelos de ave. Era una dulce tarde de Septiembre. Volvía la Torre á su alborozada alegría porque, después de cuatro años Gonzalo regresaba de Africa. Graciña, que anduviera todo el día atareada en la limpieza de la casa sonreía pensativamente, recordando esos cuatro años que pasaran sin mudanza entre los Cuñaes y la Torre, donde la vida rodaba tan sin historia como rueda un río lento por un paraje solitario. Gonzalo en Africa, mandando de cuando en cuando cartas alegres donde palpita un entusiasmo de fundador de imperios. Ella en los Cuñaes, en un tan quieto vivir, que eran casi agitados los días en que comían los Mendozas, los Márges, el coronel del 7.º y otros amigos. En este manso correr de la vida se deshiciérase mansamente, casi insensiblemente, la sombría tormenta de su corazón. Ni comprendía ahora cómo un sentimiento que justificaba y casi secretamen-

te santificaba, por ser el *único* y *eterno*, se sumiera tan insensiblemente, sin dislaceraciones, dejando apenas un leve arrepentimiento, algún esfumado recuerdo, extrañeza y confusión. Las cosas pasaron como el viento por un campo yermo.

Después de la última Navidad pasada con Gonzalo, Andrés volvió á Lisboa, y cuando Andrés vino de nuevo á Oliveira, partió ella para Amarante, donde la santa madre de Barrolo adoleciera con un mal de anemia y de vejez que en Mayo la llevó al seno del Señor. En Junio embarcó Gonzalo para Africa, y apenas si vió en la cubierta del vapor á Andrés. Todo ese verano decidieran hacer obras en el viejo palacete del Paseo del Rey; pasáronlo en la quinta de la *Murtosa*. A esa soledad atribuyó luego Barrolo su melancolía, y para que se distrajese y se fortificase con los baños de mar, alquiló en Septiembre, en la costa, el precioso *chalet* del comendador Barros. Ella no tomó baños ni iba á la playa á las frescas horas de la mañana, y sólo á la tarde paseaba por el arenal acompañada de dos enormes galgos que le regalara Manuel Duarte.

Una mañana, al abrir *Las Novedades*, se encontró con la caída inesperada del ministerio de San Fulgencio. Andrés Cavalleiro presentaba su dimisión por telégrafo, y el mismo periódico anunciaba que su excelencia partiera para «un largo y pintoresco viaje» por Constantinopla, por

el Asia Menor, que ya él había anunciado en una comida en los Cuñaes. Ella abriera un atlas, y con el dedo lento caminó desde Oliveira hasta Siria por sobre fronteras y montañas, y ya Andrés le parecía desvanecido en esos horizontes más luminosos. Cerró el atlas pensando: «¿cómo cambian los hombres».

En Noviembre volvieron á Oliveira, en un sábado de lluvia. El domingo despertó con un lindo sol en las vidrieras. En la misa de once, de la catedral, estrenó un sombrero nuevo; después, en el camino de casa de la tía Arminda, levantó los ojos hacia el caserón del gobierno civil; ahora vivía allí otro gobernador, el Sr. Santos Maldonado, un mozo rubio que tocaba el piano. A la primavera siguiente, Barrolo, con la pasión de hacer obras... de albañilería, echó abajo el Mirador para construir una estufa más amplia. Los trabajadores comenzaron por sacar el viejo mobiliario de los tiempos del tío Melchor; el inmenso diván estuvo dos días en el jardín, hasta que Barrolo mandó quemarlo con otras butacas viejas en una hoguera festiva la noche del cumpleaños de Graciña. Ella anduvo en torno á la hoguera, viendo cómo todo se convertía en brasa y cómo la brasa obscurecía en ceniza.

Luego, en esa semana, las Louzadas invadieron una tarde los Cuñaes, y apenas se sentaron en el sofá, le contaron con una sonrisa feroz el gran escándalo de Cavalleiro en Lisboa con la

mujer del conde de San Román, un propietario de Cabo Verde. Esa noche escribió á Gonzalo una carta muy larga que comenzaba: «Por aquí estamos todos bien en este *rame-ran* acostumbrado...» Y, con efecto, la vida comenzara en toda su sencillez, continua, sin historia, como corre un río claro por un paraje solitario.

Repiqueteó el hijo de Crispula la puerta; el hijo de Crispula, que quedara en la Torre de mandadero.

— Están abajo el Sr. D. Antonio Villalobos y el Sr. Gouveia y otro señor, el Videiriña, y preguntan por la señora.

— ¿El Sr. Villalobos? Sí, que suban.

Al atravesar la sala, el vozarrón de *Titó* retumbaba notando «los preparativos de la fiesta».

— Pido disculpa por esta invasión á la prima Gracia. Pero pasábamos de vuelta de los Bravaes y supimos que la prima viniera con Barrolo...

— Yo soy la que se lo pido por estar de esta facha. Pero estuvimos todo el día de arreglo. Y usted, Sr. Gouveia, ¿qué tal? No lo veo desde Pascua.

El administrador, que no mudara en esos cuatro años, obscuro y seco como hecho de madera, con el bigote más amarilloso, del cigarro, agradeció á la señora doña Gracia el interés que por él se tomaba. Pasáralo bien desde Pascua. Salvo la desvergonzada garganta.

— Y entonces nuestro hombre, ¿cuándo llega?

— El domingo. Estamos todos contentísimos. Y usted, Sr. Videira, ¿no se sienta? Empuje hacia acá una butaca de mimbre.

A Videiriña le dieran después de la elección el empleo prometido, fácil y con vagares. Era amanuense en la Administración del Concejo de Villa-Clara. Pero convivía con su jefe, que lo utilizaba para todos los servicios, incluso para el de enfermero, mandándolo siempre con autoridad.

Timidamente arrastró la butaca de mimbre, colocándola detrás de la de su jefe; y después de quitarse los guantes negros, que ahora traía para realzar su posición, recordó que el tren llegaba al apeadero de Craquéde á las diez y cuarenta no trayendo retraso. Pero tal vez el señor doctor se apee en Corinde por causa del equipaje...

— Lo dudo — murmuró Graciña. — José va á buscarlo al empalme á Lamello.

— Nosotros no — replicó Villalobos —; nosotros vamos simplemente á Craquéde. Es tierra de la familia, más sosegada para los vivos. Pero ese hombre, prima Gracia, ¿no se demoró en Lisboa?

— Desde el domingo, primo Antonio. Llegó el domingo de París en el sud-exprés. Hoy recibí una carta de María Mendoza en que me cuenta su llegada.

— La prima María Mendoza, ¿está en Lisboa?

— Sí, desde fines de Agosto, con doña Ana Lucena.

Juan Gouveia preguntó con curiosidad:

— ¿Parece que doña Ana compró una casa en Lisboa? ¿Oyó usted algo?

No, Graciña no sabía nada. Pero era natural ahora que vivía tanto en Lisboa.

— Sí, compró una casa — exclamó Gouveia con inmensa convicción. — Es natural; ya van cuatro años de viudez, y...

Graciña sonrió. Pero *Titó*, que rascaba lentamente la barba, volvió á la carta de la prima María.

— Sí — acudió Graciña —, estuvo en la estación de Rocio. Parece que Gonzalo viene más fuerte. Mire, primo, lea la carta. Lea alto, no tiene secretos; es toda sobre Gonzalo.

Sacara un sobre pesado con un sello de armas en el lacre. Mas la prima escribía siempre de prisa, y tal vez el primo Antonio no comprendiese... En efecto, delante de las cuatro carillas de papel *Titó* retrocedió aterrado. Juan Gouveia ofreció inmediatamente sus servicios y su pericia para descifrar letras hasta de escribanos. No habiendo secretos...

— No, no hay secretos. Es simplemente un relato de la llegada.

El administrador ojeó la carta, pasando los dedos por el bigote con cierta solemnidad.

«Mi querida Gracia... La costurera dice que el vestido...»

— No — acudió Graciña —, en la otra página.

— Está claro — decía el administrador —; carta de señora, en seguida los trapos; y doña Gracia asegurándonos que era toda sobre Gonzalo. Ya veremos cómo por el medio habla de vestidos.

«Debes estar ahora ansiosa por saber la llegada de Gonzalo. Fué realmente brillante: parecía la recepción de una persona real. Eramos más de treinta amigos. Está claro que fué toda la familia, y si hubiese estallado en esa mañana una revolución, los republicanos cogían á toda la flor de la nobleza de Portugal en la estación de Rocio. De señoras había la prima Chelas, la tía Louredo, las dos Esposendes (con el tío Esposende, que, á pesar del reumatismo y de la vendimia, vino expresamente desde la quinta de Torres) y yo. Hombres, todos; y como estaba el conde de Areja, que es el secretario del rey, y el primo Ollalvo, que es su mayordomo mayor, y el ministro de Marina y el ministro de Obras públicas, ambos condiscípulos é íntimos de Gonzalo, la gente debía imaginar que llegaba el rey. El sud-exprés trajo cuarenta minutos de retraso. El primo Areja, tan amable siempre, convidó á una comida en honor del primo Gonzalo. Yo fuí á esa comida con mi vestido verde.»

Gouveia gritó triunfando:

— ¿Qué dije yo? Aquí está el vestido. Vestido verde.

— Lea para adelante, hombre — bramó *Titó*.

«... con mi vestido verde, nuevo. Creo que fui la primera en ver al primo Gonzalo en la plataforma del sud-exprés. Viene más guapo, y, sobre todo, más hombre. El Africa ni levemente le tostó la piel. Siempre la misma blancura. Es de una elegancia nativa. Como puedes imaginar, hubo mucho abrazo y mucho beso. La tía Louredo lloromiqueó. Me olvidaba. Estaba también el vizconde de Río Manso con Rosina, que iba muy linda con un vestido de Redfern sensacional. Todos me preguntaron quién era. Río Manso también lloromiqueó al abrazar á Gonzalo; y todos salíamos siendo el pasmo de los pueblos, cuando de repente el primo Gonzalo cae en brazos de un hombrecillo que recibía á la puerta los billetes. ¡Siempre el mismo! Parece que lo conoció al llegar á Lourenço Marques, donde el hombre trataba de establecerse como fotógrafo. Me olvidaba ya de lo mejor: de Benito. Viene magnífico. Dejó crecer un poco las patillas. Es un modelo vestido en Londres de gran gabán hasta los pies, guantes amarillos y una gravedad inmensa. Me preguntó por ti y por Rosa. A la noche José y yo comimos en familia con el primo Gonzalo, en Braganza, para conversar de la Torre y de los Cuñaes. Contónos muchas cosas interesantes de Africa. Trae notas para un libro, y parece que la colonia prospera. En estos años plantó dos mil cocoteros. Tiene también mucho cacao y gallinas á millares. Es verdad que una gallina gorda en

Macheque vale dos perras grandes. ¡Qué envidial En Lisboa un manojo de huesos cuesta cinco reales, y con un poco de carne pegada al pecho, diez. En la colonia construyó ya una buena casa, y dice que no lo vende todo por ochenta mil duros. Para felicidad completa, hasta tiene un buen administrador. Dudo de que vuelva á Africa. Tengo una idea que no adivinarás. Comiendo en Braganza recibí la inspiración. Río Manso está también en Braganza. Cuando bajábamos á comer encontrámoslo en un pasillo. El hombre tornó á abrazar á Gonzalo con la *ternura de un padre*, y Rosina se ruborizó tanto que hasta Gonzalo se dió cuenta. Parece que hay ya entre ellos un conocimiento antiguo por causa de un cesto de rosas, y que desde hace años el destino los anda subterráneamente ligando. Ella es realmente una belleza, muy simpática y muy bien educada. Diferencia de edad, apenas once años, y una dote tremenda. Hablan de quinientos mil duros. La cuestión de sangre está resuelta, pues como se dice en heráldica, *el rey hace á la pastora reina*, y los Ramires no sólo vienen de reyes, sino que los reyes vienen de los Ramires. Pasando ahora á asunto menos interesante...»

Juan Gouveia dobló discretamente la carta, loando á la señora María Mendoza como un *reporter* precioso. Después dijo:

— Mi señora, si las previsiones de ella se realizan...

Graciña creía que eran imaginaciones de María.

— El primo la conoce y ya sabe lo casamentera que es. . .

— Hasta á mí me quiso casar — asintió *Titó* — con la viuda de Piño, el de la tienda de paños.

Gouveia insistía con superioridad:

— Mire, señora doña Gracia, siempre sería mejor arreglo que lo de Africa. Yo no creo en esas colonias ni en Africa. Téngole horror á Africa. Sólo sirve para darnos disgustos. Buena para venderla. Africa es como esas tierras que la gente hereda de una tía vieja en una tierra muy distante, donde no se conoce á nadie, donde no hay ni siquiera un estanco. Buenas para venderlas.

— ¿Vender lo que tantas vidas y trabajos nos costó ganar? — replicó Graciña.

— ¿Qué trabajos? — protestó el administrador, metido ya en plena controversia. — Desembarcar allí en la playa, plantar unas cruces de palo y tirar unos cuantos tiros á los negros. Esas glorias de Africa son pamemas. Vuestra excelencia habla como hidalga, yo hablo como economista. Y digo más. . .

Titó acudió á salvar á Graciña:

— Gouveia, estamos quitándole á Graciña el tiempo que necesita para sus cosas. Eso de Africa ya lo discutiremos con Gonzalo. Prima, hasta el domingo en Craquéde. Allá comparemos todos; y quien tira los cohetes soy yo.

Gouveia nó esperaba convertir á Graciña á sus

ideas sobre política colonial. Graciña sonreía, dando la mano á Videiriña.

— ¿Tiene versos nuevos para el *Fado*, señor Videira?

Videiriña, ruboroso, balbuceó que «arreglara una cosita para la vuelta del señor doctor».

— Entonces, hasta el domingo, primo Antonio.

— Hasta el domingo en Craquéde, prima.

Mas en la puerta vidriera paróse Gouveia.

— Ya me olvidaba. Recibí una carta de Andrés Cavalleiro. Está en Figueira da Foz. Muchos recuerdos para Barrolo. Quiere saber si podría cederle algo de aquel vino verde de Vidaiños. Es también para un africanista, para el conde de San Román. Parece que la señora condesa se perece por el vino verde.

Los tres amigos atravesaron el comedor. Rosa apareció á la puerta del cuarto de Gonzalo portando ropa blanca, y sonriendo, con aquel rostro color de ladrillo que el pañuelo circundaba como un nimbo.

Titó dióle cariñosamente en el hombro:

— Tía Rosa, pronto recomienzan esas grandes *petisqueiras*, ¿eh?

— ¡Loado sea Dios, Sr. D. Antonio! Que imaginé que no tornaba á ver á mi señor. También tenía decidido, si me enterraban en Santa Ireneia antes de verlo, el cuerpo aquí quedaría, pero el alma volaba para Africa á visitarlo.

Marchara lagrimeando de gozo con el montón de ropa blanca, que olía á manzana camuesa, mientras los tres amigos bajaban á visitar las obras de la caballeriza.

— Vea usted — exclamó *Titó* dirigiéndose á *Gouveia* —, muebles, obras, yegua inglesa; todo con dinero de Africa.

El administrador encogióse de hombros:

— Veremos cómo trae el hígado.

Delante del portón, *Titó* paróse á coger una rosa. Entraba el padre *Sueiro* de vuelta de su paseo por los Bravaes, con su quitasol y su breviario.

Todos lo acogieran con cariño.

— ¿De modo que el domingo tenemos acá á nuestro hombre, padre *Sueiro*?

— Dios quiso concederme en la vejez ese gran favor — contestó el sacerdote. — Yo no lo esperaba. Son tierras muy duras y él es muy delicado.

Y para conversar de la espera en *Craquéde* acompañó á aquellos señores hasta el puente de la *Portella*. *Juan Gouveia* renqueaba, aperreado por unas infames botas que aquella mañana había estrenado. Sentáronse en un banco de piedra. Era ese dulce sitio desde donde se divisa *Villa-Clara*, en aquella hora toda rosada, desde el vasto convento de *Santa Teresa*, hasta los cipreses del cementerio alto.

Más allá de los oteros de *Valverde*, el sol se hundía, bermejo como un metal candente que se

apaga, entre nubes rojas, encendiendo aún en oro coruscante las ventanas de la villa.

Al fondo del valle, una claridad nimbaba las altas ruinas de *Santa María de Craquéde* entre su denso arbolado. Bajo el arco el río corría sin un rumor, ya durmiente, á la sombra de los chopos, donde todavía cantaban los pájaros, y en un recodo de la carretera, por encima de los álamos, que escondían el caserón, la vieja *Torre*, más vieja que la villa, y que las viejas ruinas del monasterio, y que todos los casales dispersos, en vuelta en el vuelo obscuro de los murciélagos, espiaba silenciosamente la planicie, como en todas las tardes de esos mil años, desde el conde *Ordoño Mendes*.

Un muchachejo pasó recogiendo dos vacas lentas. Del lado de la villa, el padre *José Vicente* de la *Finta* trotó en su yegua blanca á saludar al administrador y al amigo *Sueiro*, y alegrándose del regreso del hidalgo, para el que ya preparaba una cesta de uva moscatel. Tres cazadores atravesaron la carretera, bajando hacia el casal de *Miranda*.

Un silencio tan dulce como si bajase del cielo cubría los campos poblados, donde no se movía ni una hoja en la suave transparencia del aire de *Septiembre*. Los humos de los hogares encendidos ya se escapaban lentos y leves de entre la teja rala. En la herrería de *Juan*, más allá de la *Portella*, el claror de la forja avivóse más enro-

jecido. Un *bum-bum* de tambor batió festivamente hacia los Bravaes, muriendo apagado entre los árboles.

Juan Gouveia miró hacia los Bravaes:

— Estoy recordando aquel pasaje de la novela de Gonzalo cuando los Ramires se preparan para socorrer á las Infantas y andan reuniendo la mesnada. Es á estas horas de la tarde, con tambores y por estos sitios. . . «En la frescura del valle. . .» No. . . «Por el valle de Craquéde. . .» Tampoco. Esperen ustedes, que yo tengo buena memoria. . . ¡Ah! «Y por todo el fresco valle, hasta Santa María de Craquéde, los atambores moriscos, apagados por el arbolado, ¡tararám!, ¡tararám!, ó más sonoros en los cerros, ¡ratantán!, ¡tararán!, convocaban á la mesnada de los Ramires en la dulzura de la tarde. . .» Es lindo.

Videiriña arguyó humildemente:

— Tal vez sea, señor administrador, más bonito cuando los Ramires marchan á perseguir al Bastardo. Para mí tiene más poesía. Cuando el viejo hace aquel juramento sobre la espada, y en la Torre están tocando á muerto, es de primera.

El padre Sueiro, con las manos en el puño del quitasol, concordó:

— Son lances interesantes ciertamente. En aquella novela hay imaginación y saber.

Titó, que después de *Simón de Mantua* no leyera más libro que *La Torre de don Ramires*, murmuraba:

— Es extraordinario aquel Gonzalo.

— Tiene mucho talento — decía Videira —, el señor doctor tiene mucho talento.

— Tiene mucha raza — exclamó *Titó* levantando la cabeza. — Eso es lo que oculta sus defectos. Yo soy un amigo de Gonzalo, y de los buenos. Pero no se lo escondo ni á él. Es muy liviano, muy inconsecuente. . . Pero tiene raza, que es lo que le salva.

— Y bondad — atajó dulcemente el padre Sueiro. — Bondad como la de Gonzalo también salva. Mire: á veces hay un hombre muy serio, muy puro, muy austero, un Catón, que siempre cumplió con su deber, y, sin embargo, nadie lo quiere. ¿Por qué? Porque nunca dió, nunca perdonó, nunca acarició, nunca sirvió; y al lado otro liviano, descuidado, que tiene defectos, que olvida hasta el deber; pero que es amable, generoso, servicial y dulce, y todos lo quieren. Y no sé si hasta Dios, Él me perdone, lo prefiere también. . .

La mano que elevara hacia el cielo recayó sobre el cabo del quitasol. Después, ante la temeridad de pensamiento tan espiritual, añadió cautelosamente:

— Esta no es doctrina propiamente de la Iglesia, pero anda ya en las almas, en muchas almas.

Entonces Juan Gouveia abandonó el banco y reabotonando la chaqueta, como siempre que formulaba una síntesis, dijo:

— Pues yo he estudiado mucho á Gonzalo, ¿y saben ustedés á quién me recuerda?

— ¿A quién?

— Tal vez se rían. Pero yo sustento la semejanza: Gonzalo, con sus flaquezas y su dulzura, y la bondad, la inmensa bondad que notó el señor padre Sueiro; con sus entusiasmos, que acababan en humo, y la persistencia cuando se encariñaba con una idea; con su generosidad y sus sentimientos honrados, y sus escrúpulos casi pueriles; con su imaginación, que lo lleva siempre á exagerar hasta la mentira, y al mismo tiempo un espíritu práctico siempre atento á la realidad útil; con su viveza y su facilidad para comprender y la esperanza constante en algún milagro, en el viejo milagro de Ourique; con su vanidad y su sencillez, tan grande, que da en la calle el brazo á un mendigo; con su fondo de melancolía, á pesar de ser tan hablador y sociable; con la desconfianza terrible de sí mismo, que lo acobarda, hasta que un día se decide y lo arremete todo heroicamente; con su Torre de mil años, y hasta con aquel arranque de marchar á Africa; así, todo completo, con el bien y con el mal, ¿saben ustedés á quién me recuerda?

— ¿A quién?

— A Portugal.

Los tres amigos retomaron el camino de Villa Clara. En el cielo blanco, una estrella lucía sobre Santa María de Craquéde. El padre Sueiro, con su

quitasol bajo el brazo, recogióse á la Torre vagarosamente en el silencio y en la dulzura de la tarde, rezando las Ave Marias y pidiendo la paz de Dios para Gonzalo, para todos los hombres, para los campos y casales adormecidos y para la tierra hermosa de Portugal, tan llena de gracia adorable, que bendita sea siempre entre todas las tierras.

FIN



GUY DE MAUPASSANT

Pedro y Juan



NOVELA

Definitivamente traducida al castellano por
CARLOS FRONTAURA

Un precioso volumen en 8.º de 340 páginas, impreso en claros caracteres, adornado con un retrato del autor y una bonita cubierta en cromolitografía.

Pesetas 3,50 Pesetas

PAUL BOURGET

Andrés Cornelis



NOVELA

Version castellana por
CARLOS DE OCHOA

Un vol. en 8.º, 3,50 pesetas.

JULIÁN JUDERÍAS

Es agregado al Consulado de España en Odesa (RUSIA).

Rusia contemporánea

ESTUDIOS AGERCA DE SU SITUACION ACTUAL

I. El territorio.—II. La población.—III. Las razas.—IV. Los idiomas.
V. Las Religiones.—VI. Las nacionalidades.
VII. El Zar y su Gobierno.—VIII. Las clases sociales.—IX. El presupuesto ruso.—X. La Agricultura.—XI. La Industria, el Comercio y las Vías de comunicación.—XII. La cultura popular. El Libro y la Prensa.—XIII. La explotación colonial.
XIV. El conflicto ruso-japonés.

La guerra ruso-japonesa ha hecho que el público de todos los países desee conocer el estado político, económico y social de los beligerantes. En pocos meses se han publicado en el extranjero innumerable libros referentes a Rusia y al Japón, a sus fuerzas militares y a su estado de cultura. En España no se había publicado todavía ninguna obra que diese a conocer la situación del Imperio Ruso, lo mismo desde el punto de vista político que desde el punto de vista social y económico. Este libro llena este vacío, suministrando toda clase de datos acerca del Imperio ruso.

En 8.º, lujosamente impreso, de unas 300 páginas 2,50 pesetas.

Cantares

por
RAMÓN DE CAMPOAMOR
de la R. A. E.

Primera y única edición suelta de los
Cantares del insigne poeta



Un volumen en 12.º, elegante y lujosamente impreso a dos tintas, adornado con un retrato y facsimil de Campoamor, UNA peseta.

Los Frailes en España



POR
LUIS MOROTE

Este libro contiene un prefacio de Waldeck-Rousseau definiendo el programa y la política del anticlericalismo. Diez capítulos que tratan del número de religiosos y religiosas que existen en España, Las Neoproposiciones de los liberales y de los conservadores respecto al nuevo Convenio con Roma. La historia de las Religias de la Corona, seleccionadas incluídas por D.ª María Cortés y Narváez. Varios apéndices que comprenden el estado total del clero regular y secular en España desde 1819 hasta 1888, y el texto del nuevo Concordato de 19 de junio de 1904, y la impugnción castellana de El Partido negro, del gran escritor Anatole France.

Un volumen en 8.º, de 267 páginas 2 pesetas.

CERVANTES



POR
José de Castro y Serrano
DE LA R. A. E.

No es una monótona biografía de Cervantes, erizada de citas y de fechas, lo que el Sr. Castro y Serrano hizo al escribir este libro, sino una semblanza del inmortal autor del Quijote, trazada a cuatro rasgos, que con la precisión mayor que podía hacerlo la más completa y detallada relación. En las páginas de este libro vemos volutadas las arcaísmos que la columna y el solo lidaron contra Cervantes y al par con da una apreciación a sueta pluma de todos sus obras.

Un volumen en 12.º, elegante y lujosamente impreso a dos tintas, adornado con un retrato de CERVANTES y facsimil de la portada de la primera edición del Quijote. UNA pta.

EÇA DE QUEIROZ



La Ilustre casa de Ramires

NOVELA

Version castellana de PEDRO GONZALEZ-BLANCO

Esta novela, digna de ser leída por todos los que busquen altas imitaciones intelectuales, es sin duda la mejor del notabilísimo novelista portugués. Tiene además la ventaja sobre otras del mismo autor, el estar escrita con una acción sobrecogedora y que una seriedad de espíritu que la avayran de caer en las languideces naturalistas.

Un volumen en 8.º, 3,50 pesetas

AZORÍN

J. MARTÍNEZ RUIZ



Las Confesiones de un pequeño filósofo

NOVELA

Es un libro altamente interesante y entretenedor, en que su autor evoca conmovedoramente el pasado melancólico de Azorín. Están sus capítulos muy bien escritos y observados.

Un volumen en 8.º, DOS pesetas.

PÍO BAROJA
LA LUCHA POR LA VIDA



La Busca
NOVELA Un vol. en 8.º, 3,50 pesetas

Mala Hierba
NOVELA Segunda parte de LA BUSCA
Un volumen en 8.º, 3,50 pesetas

Aurora Roja
NOVELA Tercera y última parte de LA BUSCA
Un volumen en 8.º, 3,50 pesetas

Cada una de estas novelas forma un problema voluminoso en 8.º, lujosamente impreso en buen papel.

La Novela de Lino Arnáiz



por
MAURICIO LÓPEZ-ROBERTS

Un vol. en 8.º, 3,50 pesetas

E. GÓMEZ CARRILLO



El Modernismo

I. La regeneración de los Hispánicos. — II. El Colegio de Estudios de París. — III. El Teatro popular. — IV. El Teatro de H. Dattilo. — V. La Paríense. — VI. El Arte de la Intervención. — VII. Las Capas de Lorrain. — VIII. La Bomba en las Letras. — IX. Esplendores y Hierbas del Periodismo. — X. Los Tres Principes. — XI. Las Poesías Simbólicas. — XII. Las Mujeres de Zola. — XIII. La Poesía Portuguesa. — XIV. El Arte de trabajar la Prosa artística.

Un vol. en 8.º, 3,50 pesetas.

M. GIGES APARICIO



El Vicario

NOVELA

Un volumen en 8.º, lujosamente impreso 3,50 ptas.

JORGE OHNET
LAS BATALLAS DE LA VIDA



LA CONQUISTADORA

NOVELA ORIGINAL
VERSION CASTELLANA DE
CARLOS DE BATLLE

Un volumen en 8.º lujosamente impreso, 3,50 ptas.

El Camino de la Gloria

NOVELA
VERSION CASTELLANA DE
CARLOS DE BATLLE

Un volumen en 8.º lujosamente impreso, 3,50 ptas.

Estas obras se venden en todas las librerías
Pedidos á los libreros de Madrid.

Las batallas de la vida

El Camino de la Gloria

NOVELA
por
JORGE OHNET

Versión castellana de Carlos de Batlle

En esta notabilísima novela, el ilustre autor de *Le Maître de Forges* ha estudiado la influencia que puede tener en los grandes artistas la vida del gran mundo y el frecuente trato con gentes ricas y ociosas.

El Camino de la Gloria
es un caso singularmente interesante; es un problema psicológico, amena y magistralmente resuelto, que á todos conviene conocer.
Pocas veces se ha analizado con más acierto y seguridad el alma delicada y sensible de los que se consagran al Arte.

Puede decirse que esta novela es el verdadero evangelio de la Gloria, porque enseña inexorablemente cuál es el camino que deben seguir los artistas verdaderamente dignos de este nombre.

Todo el mundo querrá leer esta novela, á la vez interesante y amena. Su emocionante acción se desarrolla en tan diferentes lugares como los escenarios de los teatros, los silenciosos canales de *Venecia*, el modesto hogar donde se producen las obras maestras, y la vida suntuosa que se hace en los yates de los millonarios.

El Camino de la Gloria
logrará, como todas las producciones de *Jorge Ohnet*, y acaso más que todas las anteriores, por el feliz hallazgo de un problema nuevo y oportuno, el favor del público, el cual no necesita excitaciones de ningún género para recrearse con la fecunda y estimada labor del aplaudido novelista.

La traducción española de
El Camino de la Gloria
ha sido cuidadosamente hecha por el notable literato D. Carlos de Batlle. Este libro forma un volumen de unas 400 páginas, lujosamente impreso, y se vende á

3,50 pesetas
en todas las librerías.
Pedidos á los libreros de Madrid.

De venta en todas las librerías

E. Gómez Carrillo

El Modernismo

I. La resurrección de las Hadas. — II. El Colegio de Estética de París. — III. El Teatro popular; El Teatro de H. Ba-taille. — IV. La Parisiense. — V. El Arte de la Interview. — VI. «Las Españas de Lorrain». — VII. Lo Bonito en las Letras. — VIII. Esplendores y Miserias del Periodismo. — IX. Los tres Príncipes. — X. Los Poesas Simbolistas. — XI. Las Mujeres de Zola. XII. — La Poesía Portuguesa. — XIII. El Arte de trabajar la Prosa artística.

Un volumen en 8.º, 3,50 ptas.

JORGE OHNET

La Conquistadora

NOVELA

Versión castellana de Carlos de Battie

Un volumen en 8.º, 3,50 pesetas

PAUL BOURGET

Andrés Cornelis

— NOVELA —

Versión española de Carlos de Ochoa

Un vol. en 8.º, 3,50 ptas.

PIO BAROJA

EL PASADO

LA FERIA DE LOS DISCRETOS

— NOVELA —

Un volumen en 8.º, 3,50 pesetas.

REBELIÓN

NOVELA

por

JOYZELLE

Un volumen en 8.º, 3 pesetas.

WILLY

(Henri Gauthier-Villars)

Claudina en la escuela

NOVELA en 8.º, 3,50 pts.

Claudina en París

NOVELA en 8.º, 3,50 pts.

Claudina en su casa

NOVELA en 8.º, 3,50 pts.

Claudina desaparece

NOVELA en 8.º, 3,50 pts.

ALBERTO DELPIT

TERESINA

NOVELA

Versión castellana de Carlos Frontaura

Un volumen en 8.º, 3,50 ptas.